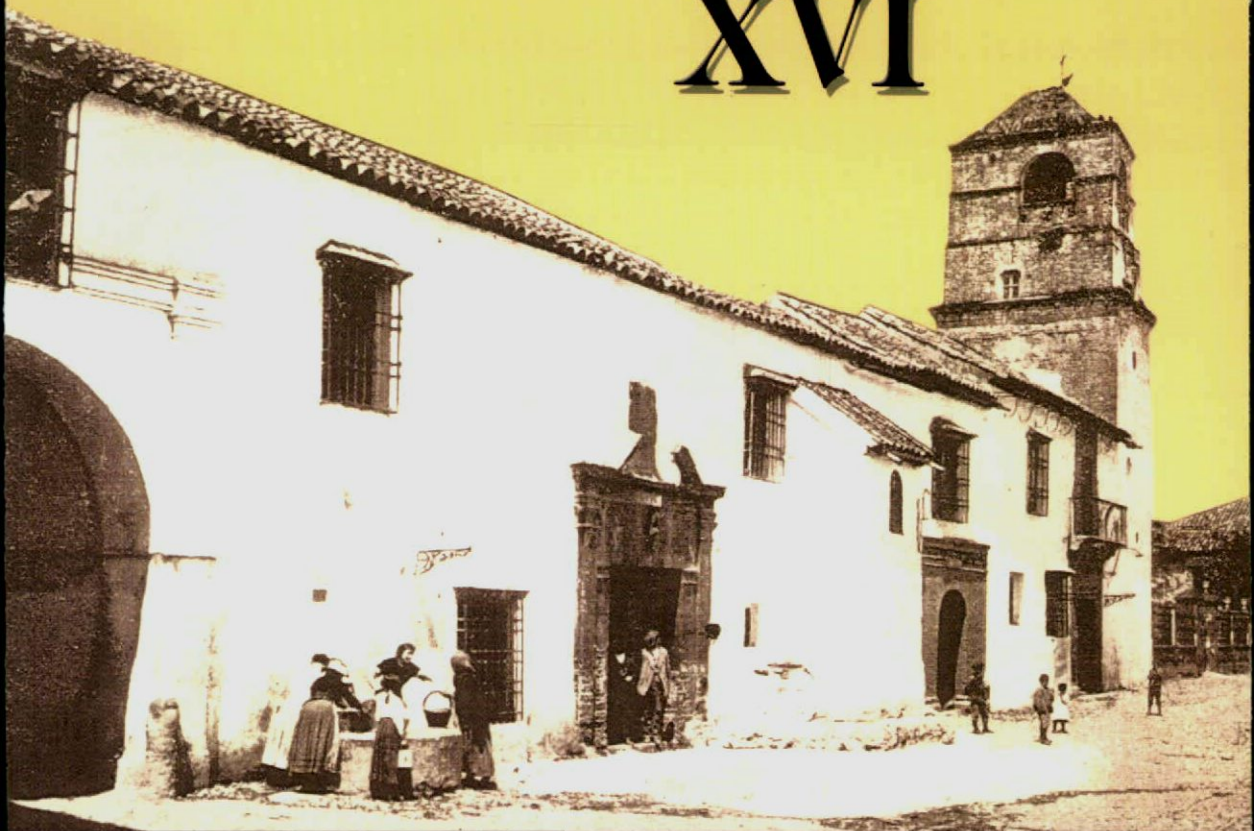


de **Crónica**
Córdoba
y sus Pueblos

XVI



Córdoba, 2009

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XVI

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2009



Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XVI

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado

Miguel Forcada Serrano

José Manuel Domínguez Pozo

Antonio Alcaide García

Edita: Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: Fachada del Ayuntamiento de Villatraca de Córdoba

I.S.B.N.: -13- 978-84-613-6617-0

Imprime: IMPRENTA MADBER, S.L.
Pintor Arbásia, 14 Local
Tel. 957 27 72 80
14006 CÓRDOBA

Depósito Legal: CO - 1.444 - 2009

Nuevas aportaciones sobre los orígenes del culto a los mártires hispanorromanos santos Acisclo y Victoria, patronos generales de la diócesis de Córdoba

Julián Hurtado de Molina Delgado
Cronista Oficial de El Carpio

Introducción

Si en la anterior comunicación sobre los orígenes del culto a San Acisclo y Santa Victoria, patronos de la ciudad de Córdoba y patronos generales de su diócesis, se analizaba fundamentalmente su consideración de protomártires paleocristianos y la evolución y trayectoria que su culto mantuvo en la comunidad cordobesa tanto en la antigüedad romana, como en la posterior etapa visigótica; en el presente estudio abordaremos la amplia difusión de la devoción a estos mártires cordobeses en el norte de la península, sobre todo en Cataluña, ruta cántabra del Camino de Santiago y sur de Francia, que traería consigo la dedicación a los mismos de numerosos templos y así mismo la veneración de sus reliquias en diferentes y distantes centros religiosos.

Pero este estudio no podría ser comprensible sin el previo análisis, aunque somero, de la evolución de la comunidad mozárabe cordobesa; razón por la cual comenzamos por contextualizar esta corriente devocional martirial, desarrollando la trayectoria de los mozárabes cordobeses, especialmente en los siglos en los que el Califato omeya imponía su hegemonía musulmana y consecuentemente se produce un lento declive demográfico y progresiva asimilación social e islamización de los cristianos de Córdoba.

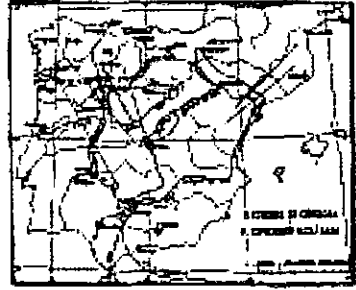


S. ACISCLO Y VICTORIA.
MÁRTIRES.



Losa sepulcro San Pedro

Este proceso de integración provoca en los momentos históricos medievales, que en aquellas zonas de la península en que las huestes de reyes castellanos y leoneses, o de predominio cristiano del noreste hispánico, van consiguiendo una fuerza superior a la decadencia musulmana, por otra parte también al mismo tiempo en tanto conquistaban nuevos territorios, y extendían sus fronteras, recuperaban para el cristianismo amplio número de efectivos humanos.



Mapa extensión reliquias

Así el culto al protomártir San Acisclo, que nace en la comunidad cristiana hispanorromana cordobesa, se va extendiendo a los reinos cristianos del norte, perviviendo con extrema dificultad entre tanto en el menguado y casi invisible a veces colectivo mozárabe cordobés.

De estos reinos cristianos vuelve después a Córdoba con renovada fuerza este culto, ya en este caso a San Acisclo y Santa Victoria, tras la conquista de Fernando III, rodeado como no podía ser de otra manera, de amplios matices hagiográficos, que se verían considerablemente revitalizados en la modernidad con ocasión de la invención de las reliquias de los Santos Mártires de Córdoba tras su hallazgo en la cordobesa basilica de San Pedro, durante el episcopado de fray Bernardo de Fresneda, reinando Felipe II.

1. La trayectoria mozárabe.

Con la llegada a la península de las oleadas de norteafricanos que sobrevinieron a partir del 711, la mayor parte de España quedó paulatinamente sujeta al dominio musulmán. El orbe islámico fue más poderoso, más adelantado en milicia, en ciencias y en artes que el mundo cristiano, así que su dominación en España se consolidó por mucho tiempo. Los principales centros de vida romano-goda como Toledo, Hispalis, Córdoba, Mérida,



San Acisclo y Victoria (El sagrario Córdoba)



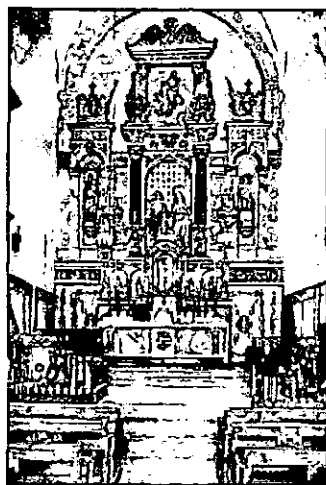
San Aciselo (Antonio Palomino)

Tarraco, Cesaraugusta, permanecieron durante siglos en la cultura árabe y religión mayoritaria musulmana, lo que no evitó la subsistencia de un segmento social cristiano que vivió sometido a los musulmanes y que conocemos como comunidad mozárabe.

La trayectoria de los mozárabes se desenvuelve en tres periodos bien distintos. Uno primero de rebeldía, de heroísmo y de martirio, que llega hasta 932, fecha de la sumisión de Toledo al poder califal¹. En éste, los muladíes o españoles renegados se apoyaban a menudo en los mozárabes para rehusar obediencia a los emires de Córdoba. En estos movimientos autonomistas, los renegados eran siempre, claro es, el elemento directivo, por su entronque con la organización oficial musulmana.

Ya Toledo comienza sus sublevaciones a fines del siglo VIII, y, bajo la protección del rey leonés Ordoño I (850-866), constituye un territorio semiautónomo.

Este siglo IX es, a la vez, la época de máxima exaltación nacional de los mozárabes. El Concilio de Córdoba de 839, donde asisten tres arzobispos y cinco obispos, muestra el celo del clero por mantener la unidad religiosa contra la herejía de los que llamaban «acephalos» o *acebaleos*. En seguida, la degollación de san Perfecto en Córdoba (850) abre una significativa era de martirios. Los calabozos cordobeses, donde permanecían los defensores de la fe cristiana, entre ellos las santas Flora y María, resonaban en himnos eclesiásticos, y allí en prisión, san Eulogio, gran cultivador de heroísmo, escribía el *Documentum martyriale*. La cristiandad admiró a los nuevos mártires. Un determinado número de monjes de Saint-Germain-des-Prés de París peregrinaron a Córdoba para llevar a su congregación reliquias de estos mártires mozárabes, prometiendo darles en París gran culto (858).



Altar San Aciselo (Villalta,
Barcelona)

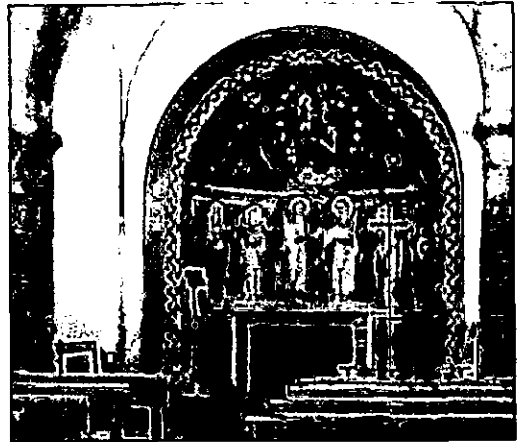
¹ SIMONET, F. Historia de los Mozárabes de España, Madrid, 1903, pp. XI-XIII.



Aras con reliquias de San Acisclo en Toulouse

Es el momento en que además de san Eulogio, florecen los otros grandes escritores religiosos mozárabes como el cordobés Álvaro y el abad Sansón, que como adalid de la ortodoxia cristiana llega a combatir hacia el 864 contra el sacrilego obispo de Málaga, Hostegesí. Pero no por ello hay que olvidar la situación inestable y progresivamente decadente que por otra parte presentaba el colectivo

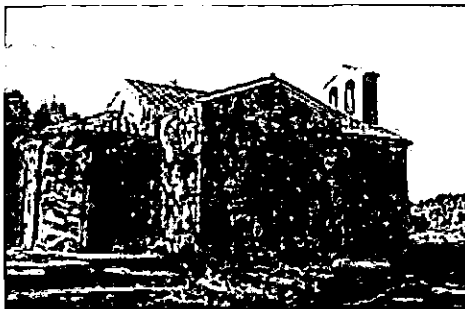
mozárabe. Así Alvaro Cordobés, en su *Indiculus luminosus*, escrito hacia el 854, lamenta la gran desnacionalización que cundía entre los mozárabes; los jóvenes cristianos adoptaban hasta tal punto las costumbres de los dominadores, que se circuncidaban para evitar enfrentamientos, se decían encantados de la erudición musulmana y sólo se deleitaban en los libros de los infieles, desconociendo los textos latinos.



Cerdanyola

Este periodo de cierta preponderancia de los mozárabes se cierra con la rebelión más importante de todas, la de los cristianos de la serranía de

Ronda, que comenzó en 879, y que luego, al año siguiente, fue capitaneada por Omar ben Hafsún, hijo de noble familia goda recién renegada. Por tanto, durante más de los dos siglos primeros de islamismo predomina, aunque de forma decreciente, el colectivo mozárabe en la España musulmana. A esto contribuía mucho el hecho de que los principales centros de población, como Sevilla, estaban llenos casi totalmente por los romano-godos. Consecuentemente, esta época es también la de máxima influencia



Ermitea S. Acisclo, Sauleda



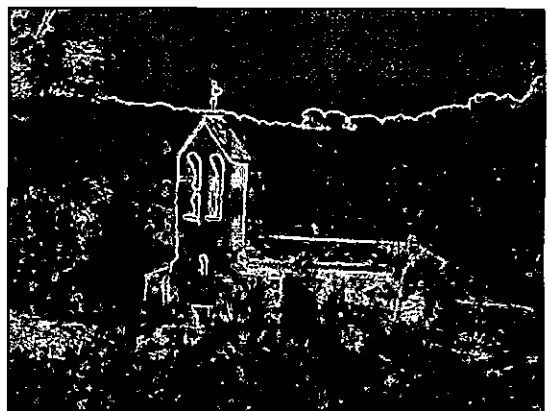
Ermita San acisclo (Ordesa)

de los mozárabes sobre los cristianos del Norte, colaborando activamente en la repoblación y en la cultura de los reinos reconquistadores.

El segundo periodo en la vida de los mozárabes es de postración. El espíritu cristiano se apaga hasta casi extinguirse; en cambio, la cultura musulmana española florece, hasta que la destruyen los invasores africanos almorávides. Termina este periodo en 1099, año en que ocurre el primer acto conocido de persecución contra los mozárabes por parte de los almorávides; es también el año de la muerte del Cid, suceso que determina el abandono de Valencia y primera emigración en masa de mozárabes (1102). No obstante, es significativo que aún en Córdoba, la lengua hablada por la comunidad

cristiana fuese, al decir de algunos autores, la romance, y ello en la urbe cordobesa donde naturalmente el poder de atracción de la lengua oficial árabe había de ser mayor. Así sabemos que en Agosto de 971 los cristianos de Córdoba sirvieron de intérpretes entre los embajadores del conde barcelonés Borrell y el califa Alháken II, y en octubre de ese mismo año, el cadí de los cristianos de Córdoba, su obispo Iza ben Mansur, su conde Moawia ben Lupo y el metropolitano de Sevilla, Obaidálla ben Cásim, sirven también de intérpretes a los embajadores llegados de parte del regente del rey leonés Ramiro III. Todo ello demuestra una persistencia, aunque en declive, de la cultura y religión cristiana entre los mozárabes cordobeses en esta época.

A esta postración contribuyó mucho la exaltación islámica producida por el genio político y militar de Almanzor, quien supo atraer a su amparo o vasallaje a multitud de cristianos, ora mozárabes, ora del Norte y con una larga serie de campañas, que duraron desde 977 hasta 1002, fecha de su muerte, puso a la cristiandad peninsular en continua derrota desde Barcelona (985) hasta Santiago (997). No obstante, al fallecimiento de Almanzor sobrevino la decadencia musulmana de los



Iglesia S. Acisclo, Sanavstre (Cerdanya)

reinos de taifas, lo que favoreció que los mozárabes pudieran prestar muchos servicios a la progresiva conquista cristiana. Al respecto, se conservan noticias del culto de los mozárabes de Córdoba hacia 1025 y de sus monjes en 1066².

El tercer período es de emigración y gran mengua de los mozárabes, por efecto del advenimiento de dos dinastías africanas, la de los almorávides, sobre todo a partir del año 1099, y la de los almohades desde 1146. Las varias invasiones almorávides, inspiradas en gran parte por un rígido fanatismo religioso, no sólo detuvieron durante algún tiempo la reconquista de los cristianos del Norte, salvo los éxitos del Cid, sino que se ensañaron en perseguir a los mozárabes del Sur. El primer episodio de persecución que podemos citar se produjo en 1099, cuando los alfaquíes, que tanta intervención asumieron en todas las decisiones del rey almorávide Yúsul ben Texefín, aconsejaron la destrucción de una iglesia de Granada y el rey mandó en seguida demolerla y saquearla³.



Iglesia de San Acisclo
Arroyuelos (León)



Los mozárabes en general comenzaban a considerar imposible su permanencia entre los almorávides, lo que no evitó tentativas como la protagonizada pocos años después por los oprimidos mozárabes granadinos que intentaron una gran rebelión. Enviaron su petición de ayuda al rey aragonés Alfonso I el Batallador, para apoderarse de Granada, asegurándole además el levantamiento de los mozárabes de otras regiones.⁴ El Batallador emprendió una gran expedición en 1125-1126, llegando por mar hasta la costa granadina de Salobreña, pero la rebelión fracasó y 10.000 mozárabes se expatriaron siguiendo a la hueste

Iglesia San Acisclo Cerdañola

2 SIMONET, F., Historia de los Mozárabes, o.c., pp. 648-662.

3 DOZY, R., Recherches, t. I (3), p. 351.

4 MENÉNDEZ-PIDAL, R., Orígenes del español, Madrid, 1950, p. 347.



Martirio San Acisclo y Santa Victoria
(Cabrera Jaume, 1385)

aragonesa en su retirada. En venganza de esta conjura, el emperador almorávide, Alí, deportó a África grandes masas de mozárabes, en el otoño de 1126, internándolos en Marruecos, principalmente en Fez y Mequinez.

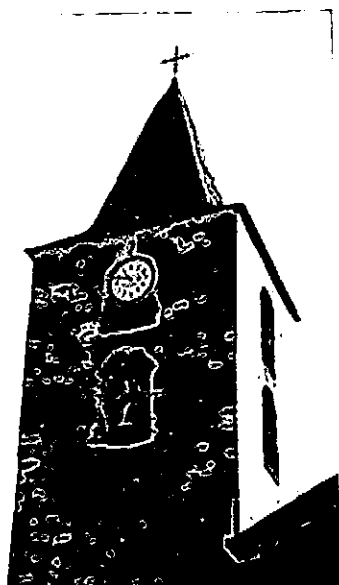
La deportación de los cristianos fue un principio político de los almorávides. Sin embargo, los mozárabes de Córdoba mantenían una basilica donde fué enterrado honoríficamente un sacerdote portugués que allí murió cautivo y mártir en 1147.⁵ Pero la decadencia extrema de los mozárabes viene con la nueva invasión de los almohades, iniciada en 1146. Los destructores del Imperio almorávide se jactaban de ser más

intolerantes y fanáticos que sus antecesores. Cuando conquistaron Sevilla (enero 1147), se puede decir que se extingue en la práctica la organización cristiana en Andalucía, de forma que solo permanecen pequeños núcleos mozárabes desorganizados, aunque perseverantes en su fe. El metropolitano de Sevilla, los obispos de Córdoba, Medina Sidonia, Niebla y otras diócesis abandonan a sus escasos fieles y huyen a terminar sus días en el reino de Castilla, en Talavera o en Toledo. El sultán almohade Abdelmumen decretó la expulsión de todos los cristianos y judíos que no quisiesen islamizarse, y su segundo sucesor Yácub, el vencedor de Alarcos (1195), se jactaba de que los almohades no habían dejado en todo el Occidente musulmán ninguna sinagoga ni iglesia. Así pasó Andalucía el último siglo anterior a la conquista cristiana, en el cual los mozárabes llegaron al punto de mayor abatimiento. Sin embargo, seguían en privado practicando la religión y su suerte preocupaba en Roma; Celestino III, en 1192, manda al arzobispo de Toledo que envíe a Sevilla y otras ciudades de musulmanes donde moran cristianos, algún sacerdote *sabedor del latín y del árabe* para



Parroquia Lanciego (San Acisclo y Victoria)

5 SIMONET, o.c., p. 773.



Parroquia S. Acisclo y Sta. Victoria
(La Massana, Andorra)

que conforte a los que se mantienen firmes en los sacramentos de la Iglesia e instruya a los caídos en superstición.

Esta es la explicación de que ciudades reconquistadas a comienzos del siglo XII mantuviesen aún densa población cristiana, como por ejemplo Zaragoza, que tenía un barrio mozárabe cuando fué tomada en 1118, mientras que ciudades conquistadas por los cristianos en el siglo XIII, como Córdoba o Sevilla, conservaron pocos mozárabes, y esos faltos de importancia social, sin obispos y sin organización civil.

2. La situación de los mozárabes cordobeses y el culto a San Acisclo

Si de esta forma se desarrolla la evolución del movimiento mozárabe en la península, que se ve proyectado sobre el concreto colectivo cristiano de Córdoba, tal como hemos ido indicando, cabe ahora por tanto analizar con mayor detalle el desenvolvimiento de la comunidad cristiana cordobesa.

A pesar de tantos contratiempos y desgracias en el seno de la comunidad mozárabe, el culto a San Acisclo, el apogeo de su basílica cordobesa, su esplendor como cenobio cristiano quedan meridianamente claros. La fuerte raíz de la veneración de sus reliquias y su culto permiten manifestar que ya tras la primigenia organización del cristianismo cordobés a mediados del siglo III, los primeros pasos del cristianismo cordobés en la siguiente etapa se personifican en Acisclo, en el marco de las luchas y vicisitudes impuestas por el imperialismo romano. El martirio de Acisclo y otros paleocristianos, son conocidos, como sabemos y recordamos aquí, gracias al libro de Prudencio: "Corduba Aciscalum dabit et Zoillum tresque coronas" (Peristephánon, IV,1920). Por su parte, el martirologio jeronimiano, los primeros calendarios mozárabes y los antiguos libros litúrgicos, recogen el día de la celebración de dichos mártires. En cuanto a Santa Victoria, aparece por primera vez en el prólogo del antifonario de León, que data de 1066, como en su momento indicamos.



S. Acisclo, Centenys

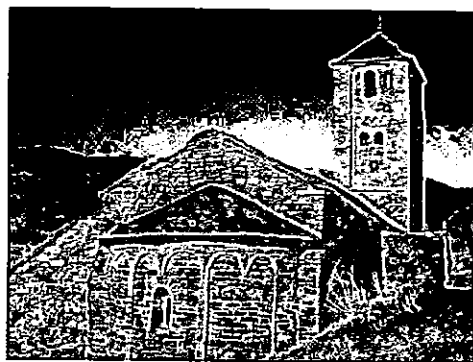


Iglesia de San Aciselo
S. Aciselo, en Surp (Lleida)
(Imágen románica)

El primer obispo cordobés que conocemos es Severo, de la segunda mitad del siglo III, si bien no existen documentos muy fidedignos. Le suceden Grato y Beroso. El 294 ocupa la sede episcopal cordobesa Osio, prohombre del cristianismo cordobés. Es nombrado presidente y legado papal del Concilio de Nicea (325), para combatir la herejía arriana. Permanece al frente de su diócesis hasta el año de su muerte en el 357. Según el testimonio de Sulpicio, tiene por sucesor a Igino, primer impugnador de la herejía prisciliana.

Pues bien, tras el periodo visigótico, ya analizado en nuestra anterior Comunicación, en cuanto a los orígenes del culto a San Aciselo, hemos de estudiar el desarrollo de la colectividad mozárabe de Córdoba en el periodo musulmán, cuyo desenvolvimiento incide directamente en las vicisitudes del culto a San Aciselo. Circunstancia que obliga a tratar el fenómeno de los mártires cordobeses, como exponentes de esa evolución de esta comunidad cristiana. Así entre el 850 y el 859 (finales del reinado del cuarto emir hispano-omeya, Abderramán II, y comienzos del de su hijo, Muhaumad I, se registró en Córdoba, una larga nómina de ejecutados por confesar voluntariamente la fe cristiana. Este movimiento de resistencia, nos ha llegado narrado por autores coetáneos, como Álvaro Paulo en su ya mencionado *Indiculus luminosus*, así como en la *Vida de Eulogio*, y por el propio San Eulogio de Córdoba en su *Memoriale Sanctorum*, ambos autores y principales protagonistas del drama. Si examinamos los procesos seguidos contra los cristianos ejecutados en este periodo, se observa que parte de los sentenciados lo eran no por practicar su cristianismo dentro de los límites legales, sino por comparecer ante los tribunales árabes incurriendo en el delito tipificado de *istiyfal* o público menosprecio de la religión musulmana oficial.⁶

El cristianismo estaba tolerado para la población sometida, como lo prueba



S. Aciselo, Surp, Cataluña

6 RIVERA RECIO, J.F., La Iglesia Mozárabe, en *Historia de la Iglesia en España*, dir. por R. García Villoslada, BAC, Madrid, 1982. t. II-1. pp. 46-60.



San Acisclo (pangusion (burgos))

la existencia de templos y monasterios en la capital omeya; pero se vedaban las manifestaciones externas del culto, y sus miembros estaban gravados con el impuesto de la yizya, para varones púberes y libres, y otro territorial, el jardy, para familias y comunidades cristianas. Del desagrado de tales medidas nos da cuenta el

mismo Eulogio al decir que «es menos dolorosa la muerte que una vida prolongada sin poder respirar...; tal vez, si nos permiten el uso de la religión, es a medida de su gusto... sacan a fuerza un tributo intolerable...; ya nos quitan los bienes y las haciendas». Este estado de cosas desembocó, casi imperceptiblemente, en un movimiento de resistencia pasiva (única posible en la capital cordobesa), que cristalizó en un grupo de oposición, cuyos jefes fueron el clérigo Eulogio y su amigo Álvaro, rico burgués de origen judío que escapó del martirio por su condición de seglar no cualificado.

La llamada "Reuelta del Arrabal" en el 818 supuso previamente la primera expulsión y exilio de los cristianos cordobeses, que ha llegado documentada hasta nosotros.

Cuando Abderramán II subió al trono en el 821, ya fueron ejecutados los cristianos cordobeses Adulfo y Juan (824), aunque la generalización de la persecución religiosa contra los cristianos, no se desencadena hasta el 850, en que comienzan las confesiones cristianas, seguidas de istiyaf, que acarrearían una escuela de martirios. El protomártir, ya citado anteriormente, será Perfecto, sacerdote de la iglesia de S. Acisclo, primera en su época.

El colectivo cristiano con San Eulogio y Alvaro a la cabeza, viendo las circunstancias vejatorias del suplicio de Perfecto comenzó a moverse. Durante un año se celebraron reuniones, cada vez con más adictos, en las que se alentaban a sufrir por causa del cristianismo. La consecuencia fue el martirio voluntario del monje Isaac, que había ingresado en el monasterio de Tábanos. Sancho, un soldado franco de la guardia palatina,

tuvo que ser ejecutado dos días después. Al domingo siguiente a la muerte de Isaac, Eulogio ensalza a un grupo de seis monjes que «camino al lugar del martirio, se felicitan mutuamente como si fueran a las bodas». Éstos son Pedro y Wistremundo, naturales de Écija, uno sacerdote en Cuteclara y el otro monje en el Armillatense; Walabonso, de Elepla (¿Niebla?), diácono de Cuteclara, donde deja a su hermana la futura mártir María; Sabiniano, Habencio y Jeremías -un tío de Isaac-, cordobeses, monjes del Armillatense, de San Cristóbal y de Tábanos, respectivamente. «Mártires del primer combate» les llamó Eulogio.

Recogiendo la invitación que le hicieran Pedro y Walabonso, el diácono del monasterio cordobés de San Acisclo, Sisnando de Badajoz, se presentó al cadí y, encarcelado, esperó su ejecución, que se consumó (851). Le siguen el diácono Paulo, pariente de Eulogio y discípulo suyo en la iglesia de San Zoilo y Teodomiro. En menos de dos meses hubo 11 mártires.

Sigue un breve periodo de aparente calma en el que Eulogio escribe el primer volumen del *Memoriale Sanctorum*, que empieza a circular entre la comunidad mozárabe. Las primeras en recoger la llamada fueron las vírgenes Flora y María. Flora era huérfana de matrimonio mixto bajo la tutela de un hermano que le impedía las prácticas cristianas inculcadas por su madre. Ello le impulsó a fugarse por segunda vez (en la primera tuvo que volver a su domicilio) y a reunirse con Eulogio, quien entonces la envió a Martos, cerca de Jaén, pero ella regresó a Córdoba y en el monasterio de San Acisclo, se reunió con María (una muladí, hermana de Walabonso, que había abandonado Cuteclara para presentarse al martirio) y ambas se juramentaron para seguir la misma suerte y finalmente fueron ejecutadas el 24 noviembre de 851.

Los demás cristianos, temerosos de que se tomaran represalias contra ellos, acudieron al emir solicitando un concilio. Abderramán II accedió, y el Concilio se abrió en Córdoba en el 852, según fecha fijada por el P. Flórez. Estuvo presidido por Recafredo, obispo de Sevilla, y al mismo acudió un representante del gobierno musulmán, quien destacó la inutilidad de los sacrificios voluntarios. Casi por unanimidad -pues sólo se opuso Saúl, obispo de Córdoba-, el concilio decretó la prohibición del sacrificio voluntario que, al poderse considerar como un suicidio, estaría condenado por la Iglesia. Los que no acataron la decisión del concilio fueron encarcelados. Entre los detenidos estaban Saúl y Eulogio. Esta medida no es aceptada por los seguidores de Eulogio y provoca nuevos martirios y enardece los ánimos. Aurelio, Sabigoto, Jorge, Félix y Lilibosa fueron martirizados. Les siguen el monje Leovigildo, un pariente de Eulogio y otro monje anciano, Cristóbal; Emiliano y el discípulo Jeremías, los monjes Rogelio y Servodeo⁷.

7 DE LAS CAGIGAS, I., *Los Mozárabes*, Madrid, 1947, pp.118-126.

Nos encontramos por tanto con un proceso que constituye en suma la segunda gran salida de mozárabes cordobeses, que ahora en este reinado de Abderramán II, tiene cuantitativamente un mayor carácter masivo que la primera del Arrabal. El rigor histórico obliga a diferenciar las motivaciones que llevaron al exilio a unos mozárabes en comparación con otros, de forma que si algunos huyeron por motivos religiosos a causa de las persecuciones, otros lo hicieron por motivos políticos y sociales, para repoblar reinos cristianos.

La causa profunda que motivó a mediados del siglo IX la esplendorosa era de los martirios voluntarios en Córdoba no fue otra sino la concienciación por los predicadores cristianos de que el proceso de islamización de la sociedad de al Andalus, y de la cordobesa en concreto, avanzaba de manera imparable.

La llegada al trono cordobés de Muhammad I el 26 septiembre de 852 supuso la puesta en libertad de San Eulogio, quien salió de viaje para Toledo, conociendo a los correligionarios de allí que más tarde le nombrarían obispo. Vuelto a Córdoba se encontró con el colectivo cristiano se habla disgregado, por lo que comienza una labor de cohesión. El primer fruto será Fándila de Guadix, entonces sacerdote de Tábanos. Se llamó al obispo de Córdoba que no quiso o no consiguió disuadirle. Fue decapitado en 853, siendo el primer mártir bajo el nuevo emir. Le siguieron los monjes Anastasio y Félix, Digna, otra religiosa de Tábanos, la anciana Benilde, las jóvenes Columba, de Cuteclara, y su amiga Pomposa, de Peñamelaria.

Viendo Muhammad I que así no habla podido sofocar la rebelión, se decidió por otras medidas extremas y ordenó destruir los edificios religiosos mozárabes cordobeses que habían sido construidos desde de la llegada del Islam a la península; asimismo clausuró las escuelas anexas a las basílicas, como era el caso de la de San Aciselo y depuró a los cristianos del ejército y de la administración. Estas medidas se extendieron a todo el territorio del califato. Todo ello debió de desmoralizar a los mozárabes cordobeses, pues en este año sólo se registró el martirio del presbítero Abundio en 854.

La presión del colectivo cristiano no cede y en el 855 se conocen los martirios del



San Aciselo (pendueles)

presbítero Amador, del diácono Luis, del monje Pedro y del anciano Witresindo. En el 856 la nómina de mártires se amplía con los monjes Pablo e Isidoro, con Argimiro y con Áurea, hermana de los mencionados Adulfo y Juan. En el 859 morirán los últimos mártires, el propio Eulogio y Santa Leocricia. La persecución termina prácticamente con el martirio de San Eulogio y, sobre todo, con el cambio producido por la muerte de Muhammad I en el 886 y la actitud pacífica de su sucesor.

En definitiva, se aprecia que los cristianos cordobeses, intentan adaptar su convivencia a la nueva situación impuesta por el poder musulmán. En un principio se ven favorecidos con una cierta tolerancia, permitiéndoseles incluso el mantenimiento de algunas de sus iglesias, escuelas y bibliotecas, pero esta situación cambia y en tiempos de Abderramán I, al tiempo que se construye la gran mezquita cordobesa, se desencadena una oscilante represión que según los momentos, será de mayor o escasa virulencia, con periodos de paz, pero que prácticamente no cesará hasta la conquista ⁸. No obstante el florecimiento de la comunidad mozárabe es notorio en muchos momentos, destacando el que ya hemos glosado de Eulogio, educado en la escuela del abad Sperandeo sucesora de la tradición isidoriana; de cuya escuela hay que destacar también la figura del abad Sansón, el pensador más notable de los mozárabes cordobeses. Durante el reinado de Alhakem conoce Córdoba un florecimiento científico y literario y de estrecha colaboración entre pensadores cristianos, árabes y judíos. Destacan las figuras del monje Gerberto, más tarde Silvestre II, el judío Maimónides y el cordobés Averroes, comentador de Aristóteles ⁹.

En cualquier caso hemos de reiterar y no podemos olvidar que los mozárabes cordobeses fueron siempre "ciudadanos de segunda categoría", que debían prestar fidelidad a las autoridades islámicas, a las que tenían que pagar fuertes impuestos, muy superiores a los que recaían sobre la población musulmana. Un "exceptor", nombrado por el Estado entre los cristianos de su confianza, se encargaba de la recaudación de esos impuestos, que la comunidad mozárabe había de pagar en bloque. Otros dos cargos importantes dentro de la estructura que vertebraba a la "sociedad cristiana cordobesa" dentro del Islam eran el "comes", jefe de la comunidad, y el "censor", el juez que administraba justicia aplicando para ello sus leyes tradicionales (*Liber Iudiciorum*). Igualmente los cristianos debían evitar todo tipo de posibles provocaciones, motivo por el que estaba permitido que desarrollaran sus cultos únicamente en el interior de las iglesias, que estaban ubicadas en los arrabales, fuera del recinto de la propia medina de Córdoba, y en las cercanías de la ciudad, en la campiña o en las faldas de la Sierra. Por las fuentes de la época conocemos la existencia de las iglesias de San Acisclo y de los Tres Santos,

⁸ MENÉNDEZ-PIDAL, R., *Orígenes del español*, o. c., p. 109.

⁹ PÉREZ DE URBEL, J., *San Eulogio de Córdoba o la vida andaluza en el siglo IX*, Madrid, 1942, pp. 274-280.



San Acisclo y Sta. Victoria de
Bodía y Sebrango

así como diversos monasterios, como San Salvador de Peña Melária, Tábanos, Santa María de Cuteclara, San Zoilo de Armilata, etc., en las inmediaciones de la sierra cordobesa.

Durante alrededor de doscientos años, esta convivencia, o mas bien incierta tolerancia, de los musulmanes con los cristianos es aunque inestable -como estamos viendo-, bastante prolongada sin embargo, a pesar de que se había convertido a los mozárabes cordobeses en ciudadanos de categoría inferior, muy mal vistos por la comunidad y objeto de una fuerte presión fiscal que llegó a hacerse insufrible, pero la situación empeoró con la

llegada de los Almoravides en torno a 1126, que rompe este difícil equilibrio y supone la total decadencia de la comunidad mozárabe cordobesa, de forma que cuando Fernando III entra en Córdoba, se encuentra una ciudad vacía, no solo de musulmanes, sino de cualquier reducido número de antiguos cristianos.

Tras 524 años de dominación árabe y mediando algunas sublevaciones contra los almorávides, Córdoba, que a la caída del califato constituyó y proclamó lo que González Ferrín denomina la primera república en la historia de España, es conquistada por Fernando III en 1236. A raíz de esto la Iglesia cristiana cordobesa conoce un nuevo periodo de expansión. Los centros religiosos árabes quedan convertidos en iglesias cristianas. La diócesis cristiana cordobesa se reorganiza y con el obispo Lope de Fitero se reanuda la serie episcopal de la sede cordobesa, no interrumpida hasta nuestros días.

En cuanto a la situación que recibe el culto a las reliquias de San Acisclo durante estos anteriores y convulsos periodos de sometimiento al progresivo proceso de islamización, nos lo proporciona el propio San Eulogio en su *Memorialis Sanctorum*, cuando refiriéndose a los tiempos del emir Muhammad I, en torno al año 852, nos introducen en el conocimiento de las vicisitudes de la comunidad mozárabe cordobesa y dice:

“Mientras iba en aumento la cruel persecución del emir contra los cristianos y los maltrataba sin piedad, contra lo que se esperaba, como no podía hacerlos caer a todos en la apostasía, dio orden de demoler las iglesias recién construidas y de abolir los cultos que se celebraban en las antiguas basílicas, cultos que habían ido acrecentándose cada

día más desde que dominaban los árabes. Aprovecharon esta oportunidad los ministros de las tinieblas y destruyeron los templos que habían construido con mucho trabajo y arte nuestros antepasados en tiempos de paz y que llevaban ya más de trescientos años en pie”¹⁰.

3. El exilio de los mozárabes cordobeses y la consiguiente expansión del culto y las reliquias de San Aciselo en los reinos cristianos del norte de la península

Tras la muerte de San Eulogio, en el año 859, el declive de la comunidad mozárabe fue imparable. El cristianismo se fue debilitando numéricamente por las conversiones y culturalmente por la arabización y la creciente presión del Islam, pero, además, muchos de sus seguidores, entre ellos comunidades monásticas en bloque, decidieron trasladarse, sobre todo en los inicios del siglo X, a las nuevas tierras que los monarcas cristianos del norte estaban arrancando al Islam en el valle del Duero y que por esos años estaban siendo repobladas.

Fueron tiempos en que las crónicas musulmanas nos hablan de años de intensas sequías y hambre atroz en Córdoba, lo que, probablemente, obligó a muchos mozárabes a emigrar por razones de pura supervivencia. A modo de ejemplo, por Ibn Idari sabemos que en el año 915 hubo en al-Andalus una gran hambre y epidemia, alcanzando la miseria de la gente extremos jamás conocidos, de modo que “las epidemias se cebaron en los pobres y resultó imposible enterrar a todos los muertos”.

Sucesivos grupos de mozárabes cordobeses, ya desde la primera oleada de salidas masivas en el 818, se fueron instalando en núcleos del norte peninsular. Así en San Cebrián de Mazote, en la actual provincia de Valladolid, los mozárabes oriundos de Córdoba levantan la iglesia de San Cipriano inspirándose, según el arqueólogo Rafael Hidalgo, en la misma planta de la basílica cordobesa de San Aciselo, cuya construcción tratan de imitar. Conigo se llevaban además reliquias de sus venerados santos mártires. Entre ellos y de forma destacada las correspondientes a San Aciselo alcanzan enorme significación, al ser éste el primer mártir del cristianismo cordobés. San Martín de Castañeda, otro cenobio erigido exclusivamente por el abad Juan y sus monjes mozárabes huidos de Córdoba, atestigua la corriente devocional leonesa-castellana al mártir cordobés.

Es conveniente recordar de nuevo esta revuelta del arrabal para comprender este fenómeno migratorio, ya que durante tres días, el incendio, matanza y saqueo del arrabal

10 PÉREZ DE URBEL, J., *Eulogio de Córdoba*, o.c., p.883-886.

mozárabe cordobés provocó la huida de más de veinte mil familias. De aquellos un grupo significativo emigró al norte de la península. Ordoño I (844-866), comprendiendo la importancia de este colectivo, los apoyó política y militarmente en su rebeldía, pero sería Alfonso III el magno, quien de un modo más eficaz supo encauzar la corriente migratoria de los cordobeses mozárabes organizando la repoblación de las tierras de su reino y acogióndolos en ellas. Para ellos se fundan nuevos monasterios a los que se trasladan comunidades enteras. Mas de veinte abades y dos abadesas cuyos testimonios documentales nos han llegado, fueron artífices de esta expansión¹¹.

Así una importante reliquia ósea de las de San Acisclo, que durante siglos se había estado venerando en su basílica extramuros de la urbe cordobesa, es entregada en el 1010 al gerundense catalán vizconde de Cabrera don Gerardo y sus acompañantes, cuando vienen a Córdoba, quien la deposita en su castillo de Vidreres hasta que tiempo después es llevada a la iglesia de la misma población de Vidreres o Vidrieras y de este templo se trasladan a su vez en 1263 al monasterio de San Salvador de Breda, donde permanecen recibiendo culto hasta que finalmente desaparece la mayor parte con motivo de los vaivenes históricos de principios del siglo XIX, (invasión napoleónica, periodo de 1820-1823, etc.) y en la guerra civil de 1936, como después volveremos a expresar.

Otras reliquias del santo mártir fueron repartidas entre diferentes templos y comunidades catalanas en 1339, en una etapa ya tardía, puesto que había sido siglos antes cuando en el año 715, quizás siendo ésta la segunda vez que una parte de las reliquias de San Acisclo había salido de Córdoba, inmediatamente a la llegada de los musulmanes, al parecer una parte del cráneo del santo se traslada a la iglesia de San Saturnino de Toulouse (Francia), reliquia que finalmente sería destruida en una de las revoluciones sufridas por Francia a mediados del siglo XIX.

Otra ocasión es la que protagoniza el propio San Eulogio cuando envía al obispo de Pamplona Wilesindo, una canilla del protomártir cordobés, según manifiesta en varios escritos, cuyo contenido ha llegado hasta nosotros¹².

Se sabe de la existencia de una pequeña reliquia que se lleva a Medina Sidonia en el 630, muy probablemente la primera ocasión en que una parte, aunque muy pequeña, de los restos óseos de San Acisclo, salen de su sepulcro cordobés. Lo mismo que hay constancia de otra que se lleva para ser venerada en la iglesia de San Román de Hornija (entre Tordesillas y Toro).

11 GÓMEZ-MORENO, J., Iglesias Mozárabes, p. 108.

12 FLOREZ, E., España Sagrada. Madrid, 1747, t. V, p. 761.



San Acisclo. Bascara

Junto a la donación y distribución en los territorios cristianos de reliquias de San Acisclo por parte de la comunidad cristiana cordobesa en época de predominio musulmán, hay que analizar la expansión y difusión del culto a este mártir, patrono de Córdoba.

Podemos afirmar que Vidreres y el monasterio de San Salvador de Breda, en el norte de Cataluña, por una parte, son los grandes y sucesivos centros

desde donde irradió la veneración de las reliquias de San Acisclo, en este caso auspiciadas y promovidas por el poder señorial y oficial, que extiende y protege esplendorosamente entre los fieles de la amplia zona bajo su influencia, lo que otorga a este culto especial relevancia social; mientras que por otra parte el culto martirial a la figura de este santo, está protagonizado también por el monasterio de San Miguel de Escalada, en León, establecido por monjes cristianos venidos de Córdoba, que bajo la dirección del también cordobés abad Alfonso restauran y prácticamente levantan en el 913, en un solo año, el ya venerable monasterio. Este centro de irradiación del culto a San Acisclo es promovido desde una iniciativa exclusivamente religiosa, propagado solo y directamente por los monjes y fieles mozárabes venidos de Córdoba por lo que alcanza un nivel de base popular, sin intervención, impulso o protección del poder señorial. Lo que no quiere decir que no venerasen también en Escalada algunas reliquias de San



San Acisclo. Monserrat

Acisclo, traídas por los mozárabes desde Córdoba, como demuestra la inscripción de una de las tres aras descubiertas en el siglo XIX en este templo por Ramón Álvarez de la Braña, en la que se expresa que:

“Hic sunt reliquia recondite Sancte Marine,
et Sancte Cecilie et Santi Aciseli et Sancti
Cristofori et Sancte Columbe”

Lo que evidencia que esta losa custodiaba ocultas o reservadas reliquias de Santa Marina, Santa Cecilia, San Acisclo, San Cristóbal y Santa Columba, mártires mayoritariamente de época romana, lo que da indicio de su antigüedad. Algunos estudiosos la fechan en 914 consagrada por San Genadio.

En definitiva, convergen ambas comunidades cristianas en el fervor y devoción a San Acisclo y Santa Victoria, desde donde lo extienden generosamente por todo el noreste peninsular, Camino de Santiago y sur de Francia. Arroyuclos de Valderredible en Cantabria es una de las iglesias de arquitectura mozárabe, muy probablemente edificada por cristianos cordobeses desterrados, dedicada en el siglo X a San Acisclo y Santa Victoria, con estructura románica aderezada con el uso de arcos de herradura.

Al mismo tiempo, cabe destacar la amplia y fecunda veneración y culto que se aprecia en el Rosellón y norte de Cataluña, que ya se encuentra documentada en Sureda desde el 1051 y mucho antes desde el 27 de abril de 876 en Trullars, gracias a una donación que manifiesta:

“[Que la] villa Trullares cum omnes suos
Vilares, cum ipsa ecclesia in honore
S. Asiseli”¹³.

También en el Alto Ampurdán, encontramos la devoción a estos santos mártires en Bâscara desde 1020; en el Bajo Ampurdán, en Serra de Daro desde 1123.

En Sanavastre la iglesia parroquial está dedicada a San Acisclo y Santa Victoria desde el 1018 y hay documentación que indica igualmente que en Beixec, en Talitendre en Cerdanya, o en Senyús, en el alto Urgell se venera a los hermanos mártires desde los primeros tiempos medievales. También Gerundela, Surp, Gironella, Rialb, Llinars de l’Aiguadora, Solsonés o Miraver tienen dedicadas sus iglesias románicas a San Acisclo y Santa Victoria.

En Monserrat, una ermita construida en el 933, que acertadamente reformada sigue en pie, nos indica el apogeo de la devoción a los dos mártires hispanorromanos cordobeses desde estos lejanos tiempos, hasta el punto de que esta ermita románica es un siglo anterior incluso a la construcción del propio monasterio de Monserrat.

13 VV. AA., San Acisclo y Santa Victoria, en *Cataluña Románica*, vol. 7, pp. 111-112.

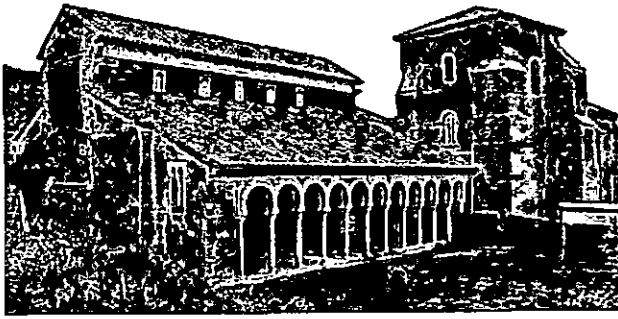


San Miguel de Escalada

La población de Bagés desde el 950, Rajadell desde el 1066, Arbúcies desde el 923, Sauleda (Santa Coloma de Farnés), Vallalta, en el Maresme y Sabadell, desde el 1069, son otros importantes centros desde donde reciben culto San Acisclo y Santa Victoria. Sin olvidar la iglesia de planta románica, hoy muy restaurada, dedicada igualmente a estos mártires en la Massana, en el principado de Andorra, que he podido también visitar, admirando las dos imágenes de los santos, realizadas en el siglo XVIII, que reciben culto en el altar mayor de la parroquial andorrana.

Como se ha indicado, toda esta amplia corriente devocional parte de la propagación de su culto y de la traslación de sus reliquias desde San Salvador de Breda, a donde llegan procedentes de la iglesia de Vidreres, tal como hemos expresado anteriormente hacia 1263. En concreto Armengol de Urgell, en 1010 con la expedición en nombre de Ramón Borrell III acompañado de los obispos de Barcelona, Gerona y Vic, consiguen durante su expedición a Córdoba -a donde llegan al parecer para colaborar y expresar su apoyo a Muhamad II en su lucha contra los bereberes de Solayman-, que la comunidad cristiana de la capital cordobesa les entregue en junio de ese año 1010 unas reliquias de San Acisclo -hay autores que indican que se las llevan tras un saqueo de Córdoba-, volviendo de regreso con ellas hasta depositarlas en dicha población de Vidreres, donde el castillo de la población -propiedad del vizconde de Cabrera- pasa a denominarse como de San Acisclo, por ser en el mismo donde se veneran las reliquias, de lo que queda constancia al menos desde el año 1194.

Las reliquias de San Acisclo permanecen en Breda hasta principios del siglo XIX en que los restos óseos que se guardaban en una urna de plata desaparecen en gran parte durante la guerra de la independencia, y lo que quedó fue custodiado en una pequeña caja que igualmente acabó siendo también destruida en los avatares de la guerra civil en 1936, permaneciendo muy poco. De la traslación ha quedado el evento que anualmente se celebra como L'ajust" el tercer domingo después de Pascua de Resurrección, en Breda. Por ser la celebración de mayor arraigo ininterrumpido, vamos ahora a referirnos a ella de forma mas extensa, al mismo tiempo que desarrollamos con amplitud el culto a las



San Miguel de escalada

reliquias de los santos Acisclo y Victoria en dicha población de Breda, dada su especial significación y consolidado enraizamiento.

Así como consecuencia de la rápida extensión del culto a San Acisclo a lo largo de la península ya desde tiempos próximos al martirio y posteriormente

por su destacada significación en la liturgia martirial paleocristiana y luego mozárabe, se comenzó a celebrar anualmente su muerte el 17 de noviembre en toda la Marca Hispánica.

Ya hemos reiterado que los sagrados cuerpos de estos Santos seguramente llegaron a tierras gerundenses a causa de la expedición catalana contra Córdoba del año 1010, en la que según los cronistas, participó el vizconde de Gerona, o tal vez a causa de alguna de las embajadas a Córdoba de los condes de Barcelona, repetidas periódicamente desde los tiempos del conde Borrell en 950; lo cierto es que el vizconde Gerardo de Cabrera, descendiente de los fundadores del monasterio de San Salvador de Breda y protector del mismo, hizo la donación a su monasterio en 1263.

La donación tuvo lugar poco antes del 18 de mayo de dicho año, puesto que en esta fecha Ramón de Cabrera confirmó al monasterio y a su abad Bernardo la donación y traslación del Bienaventurado Cuerpo del «beato corpore» de San Acisclo, que les hizo su hermano Gerardo, vizconde de Cabrera.

Es el dominico, natural de *Grions*, Fray Antonio Vicente Doménech quien nos ha transcrito el documento que él vio y copió en el archivo del monasterio de Breda hacia el año 1630¹⁴. El propio Doménech hace notar ya que en el documento sólo se habla del cuerpo de San Acisclo, sin embargo, esto no obsta para que él juzgue que se pudiese tratar de la donación de los dos cuerpos a la vez, ya que lo cierto es que en la época en que realizó la transcripción, Breda poseía y veneraba las reliquias de San Acisclo y Santa Victoria.

En inventarios antiguos de Breda consta, en 1787, «la Urna dels Sants» y en otro inventario de los objetos de plata del monasterio, efectuado con motivo de una visita que tuvo lugar en 1805, se mencionan «Dos mitxos Cossos per los Sants Màrtirs, i gran urna per St. Hiscle y Sta. Victoria».

Asimismo, Buenaventura Tristany en su «Corona Benedictina» de 1677 y el Padre Jaime Villanueva, el perspicaz autor del «Viaje literario a las Iglesias de España», editado a principios del siglo XIX, afirman que en el monasterio de Breda se veneran los cuerpos «o su mayor parte», de los dos santos mártires.

En cuanto a la «Festa de l'Ajust», podemos afirmar que bajo esta peculiar denominación, Breda celebra una de sus dos fiestas mayores anuales. La del tercer domingo después de Pascua de Resurrección, es la fiesta dedicada a celebrar el traslado a Breda de las reliquias de sus copatronos. La otra fiesta, la principal, dedicada a Santa María, patrona de la parroquia, se celebra el día 8 de septiembre.

El significado de la palabra. «Ajust» (en catalán: pacto, convenio, y por extensión asamblea) deriva, sin duda, del convenio acordado en la *gran asamblea que tuvo lugar el día de la traslación de las reliquias*, en la que se fijó la fecha anual de su celebración. En Breda existían, desde 1038, *fecha de fundación del monasterio, dos entidades religiosas independientes y a veces opuestas*: La parroquia dedicada a Santa María y el monasterio dedicado a San Salvador. La institución de una fiesta solemne y pública por parte del monasterio forzosamente debía ir precedida de un acuerdo.

Así lo hace presumir el anteriormente citado P. Villanueva, que copió de una consuetud manuscrita del monasterio, del propio siglo XIII:

«De institutione traslationis S. Acisceli fuit ordinatum quod semper celebratur post fastum dominica qua cantatur offic. Iubilare Deo, et fiat sollempnitas sicut in festo S. Petri mensis junii».

Es decir, que sobre la institución de la traslación de San Acisclo, fue decretado que siempre se celebrase después de Pascua, en la dominica en que se canta el oficio Iubilare, que es el tercer domingo después de Pascua y que se celebrase su solemnidad como en la fiesta de San Pedro del mes de junio, lo que según las costumbres litúrgicas de la época, equivalía a decir con un doble de primera clase con octava.

La fiesta se ha mantenido ininterrumpidamente en honor a San Acisclo y Santa Victoria y así el párroco de Breda Agustín Coll, a principios del siglo XIX, dejó esta nota sobre la solemnidad con la que la Iglesia celebraba dicha festividad:

“Le dia del Ajust, que es lo dia de la Traslació dels Sants, no se fa funció a la parroquia, ni a la vigília a vespres se fa trilio a la parroquia, sois al monastir, solament se repican las campanas a la parroquia quant se fa la professó, acisteixen las atxas, creu y ganfarons de la parroquia”.

14 DOMENECH, A.V., Historia general de los Santos y varones ilustres en santidad del Principado de Cataluña, Barcelona 1630, pp. 212-216.

Después de la exclaustación y supresión del monasterio, la fiesta de L'Ajust continuó celebrándose a cargo de la parroquia, con no menor esplendor. El rector, José Moy, escribe en 1851 refiriéndose a esta festividad, que en la vigilia de la traslación de las Santas Reliquias de los referidos santos, se cantan solemnes completas y al día siguiente es el domingo tercero de Pascua se celebra el oficio y a la tarde la misa vespertina y procesión que da la vuelta a toda la villa y al "cap de octava un ofici, y a la tarde vespres y enseguida de cada una de estas funcions se cantan los goigs de dits Sants"¹⁵.



San Salvador de breda

De esta manera, con escasas modificaciones, se sigue celebrando aún en nuestros días. Conserva su mismo nombre de siempre, su recuerdo de un rico pasado histórico y devocional, que es aprovechado para el asueto popular con los cantos, bailes de sardanas, etc.

El centro de las fiestas está constituido por el Oficio de los Santos y la solemne procesión que recorre las calles de la villa acompañando las reliquias de los Santos Mártires cordobeses Aciselo y Victoria, custodiadas dentro de dos artísticos bustos de los santos, labrados en el siglo XVI.

El fervor de los bredenses hacia los dos santos mártires, copatronos de la villa, no se ha limitado, a lo largo de los siglos a la sola celebración de la fiesta de «L'Ajust», como queda corroborado por no pocos testamentos en los que a partir de fines del siglo XIII, no faltaba una manda o donación para el culto y devoción a San Aciselo y Santa Victoria y para invocar la protección de los Santos hacia los otorgantes. Existía asimismo una Cofradía dedicada a San Aciselo, por lo menos desde el año 1421, que tomó gran incremento en los siglos posteriores.

Las santas reliquias que sobrevivieron a tantas guerras y calamidades acontecidas a lo largo de siete siglos, fueron, en parte, víctimas de la incuria de los tiempos, de forma que tras la importante pérdida de 1936, se salvaron solo los dos bustos relicarios, en los que al parecer se sigue conteniendo una pequeña parte del cráneo de San Aciselo y otros restos óseos.

En definitiva supone todo cuanto hemos estudiado en este trabajo, una sólida evidencia de la magnitud, difusión, relevancia y amplitud del fenómeno martirial, devocional y cultural hacia lo que San Aciselo y Santa Victoria han venido simbolizando ininterrumpidamente en el seno de la comunidad cristiana hispánica a lo largo de mas de diecisiete siglos, desde su martirio en la época paleocristiana hispanorromana de Córdoba.

¹⁵ PLADEVALL, A. Y COLL, J.C., VII Centenari de la festa de L'Ajust, Barcelona, 1969, pp. 4-6.



**Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**



FUNDACIÓN
CajaSur



Diputación
de Córdoba